

Victoria Collbatallé Cabrera
Colegio Cor de María (Mataró)
CATALUÑA



Realidad y subconsciente

Miró con angustia el suelo. Sentía el palpito de su corazón en las orejas, un ruido incesante que le recuerda al tic-tac de un reloj, el reloj que determinaría si su cuerpo seguiría respirando o no. Era necesario para parar el tiempo. Escapar de el ser que tenía su cuello aprisionado parecía imposible. Sus menudas manos luchaban contra el sombrío y gigantesco ser que la retenía, pero todo era en vano. Lo único que sus esfuerzos hacían era debilitarla a ella misma. Su cerebro había sido lavado, su memoria, borrada. Lo único que estaba en su mente era el primitivo instinto de supervivencia, la necesidad de que sus pulmones volvieran a llenarse y sus piernas pudieran correr de nuevo. Intentó gritar por última vez. un susurro prácticamente invariable que nadie logró captar en esa oscura sala.

Las pocas otras siluetas que ella podía percibir se acabaron disolviendo con el vacío, a medida que sus párpados se cerraban, tal vez para siempre. En su mente, una última plegaria a un ente divino que nunca sería escuchado.

- Billie.

La presión de su cuello aflojó. En sus pulmones entró un poco de la agradable brisa que se había levantado.

- ¡Billie!

El agarre desapareció. Su cuerpo cayó haciendo un fuerte estruendo.

- Argh - gimoteó con dolor, todo su cuerpo dolía.

Si bien le parecía que sus extremidades pesaban veinte kilos cada una, podía respirar y eso le hizo hacer una pequeña mueca a la que se le podría llamar sonrisa. No sabía de quién era el nombre o la voz que había oído. Aún así, le resultó extrañamente familiar. Abrió finalmente los ojos, ni rastro de los seres que momentos antes la acechaban. Su corazón volvió a palpar con fuerza, y el pánico volvió a apoderarse de su pequeño cuerpo. Se giró. Ni rastro de la

demoníaca criatura que la había sostenido. Suspiró, al fin relajada. La agonía y el miedo se desvanecieron en un charco de tinta negra, fluyendo lejos de ella. Estaba cansada, agotada, pero no pensaba quedarse en esa habitación. Se levantó como pudo y buscó a tientas una salida.

- ¡Al fin! - Sus finas manos entraron en contacto con un cambio de relieve.

Tanteó para buscar una cerradura o algún tipo de manecilla para abrir lo que a ella le parecía una puerta. No hubo resultado y decidió empujar con las fuerzas que le quedaban. Una pequeña luz se filtró, lo estaba consiguiendo. Al otro lado había muchísima luz, tanta que la obligó a cerrar los ojos. Cuando se acostumbró, pensó en mirar atrás, para observar con más detalle su antigua prisión pero no. Negó con la cabeza, su primer nuevo recuerdo prefería olvidarlo.

Entró en la blanca e inmaculada sala por completo. Entrecerró los ojos para buscar el origen de esa luz, que no parecía provenir de la gran estrella roja. Aún así, tampoco le parecía artificial: algo en esa sala brillaba con luz propia, una luz radiante y pura.

Al fin, una pequeña silueta apareció en su campo de visión. Con cada paso en esa dirección, la luz se hacía más dolorosa para sus ojos y más grande se veía la silueta, cuando esta se definió, un gran reloj de arena que le sacaba seis cabezas apareció delante de ella. Su primer impulso fue tocarlo y, al mismo segundo que la yema de su dedo tocó el vidrio, toda la arena bajo como líquido a la parte posterior del reloj, su cuerpo se elevó y la luz la cegó por completo.

Abrió de nuevo los ojos confundida, se sentía ligera y feliz. Miró hacia abajo y reconoció su cuerpo. Su primera reacción fue reír y pensar que estaba soñando pero entonces, vio a una mujer a un niño pequeño que se agarraba con fuerza a su supuesto cuerpo: lloraba, gritaba y daba golpes para poder permanecer a su lado. Oyó un pitido, uno que le recordaba a hospital, a hospital y a muerte. En ese punto empezó a preocuparse ya que no se despertaba y su cuerpo seguía abajo mientras su consciencia ascendía. Entonces su corazón dio un vuelco, millones de recuerdos desagradables y un intenso dolor volvieron a ella y todo eso con una última palabra por parte del niño agarrado a ella:

- Billie...

Las lágrimas la inundaron, la luz la cegó y sintió como su consciencia desaparecía. Tuvo una última visión, la del reloj de arena, pero esta vez, estaba eternamente vacío.